

En los primeros días de Enero, un domingo, en que todas las colegialas, Justino, Mina y la directora se entretenían charlando en el invernadero que entonces servía de salón, anunció un criado á Justino que preguntaban por él dos caballeros recién llegados de París y enviados por Mr. Salvador.

Justino y Mina se estremecieron.

Aquellos dos caballeros, inútil creemos advertirlo, eran el general Le Bastard de Premont y Mr. Sarranti.

CAPÍTULO XIX.

EPISODIO SENTIMENTAL.

Justino siguió al criado, y al llegar al comedor vió á dos hombres de elevada estatura; el uno embozado en una larga capa, y el otro cubierto desde los pies á la cabeza con una desmesurada polonesa.

Este último, al ver entrar á Justino, se dirigió á él, le saludó profundamente, y agitando la esclavina de su hopalanda, mostró su bella y atrevida cabeza un poco agitada sin duda, pero llena de nobleza y energía.

Era el general Le Bastard de Premont.

El otro, el que se hallaba envuelto en la capa, se inclinó desde lejos respetuosamente, pero sin variar de sitio.

El maestro de escuela les presentó unas sillas y les hizo indicación de que se sentasen.

— Ya os habrá dicho vuestro criado, dijo el general que vengo de parte de Mr. Salvador.

— ¿Y qué tal sigue? preguntó Justino; hace más de un mes que no tengo noticias tuyas.

— Consiste en que ha tenido muchas inquietudes y zozobras desde hace un mes, respondió el general, sin contar con los trabajos políticos á que habrá tenido que entregarse la víspera de las elecciones. Vos sabréis sin duda que á su paciencia é inteligente persistencia es á lo que debo la vida de mi amigo Mr. Sarranti.

— Efectivamente, ayer supimos tan dichosa nueva, y me hubiera alegrado encontrarme en París para ir á felicitar á Mr. Sarranti.

— Sería un viaje inútil, dijo sonriendo el general, no le hubierais encontrado en París.

— ¿Ha sido desterrado? preguntó Justino.

— No tendréis que ir tan lejos, replicó el general volviéndose á Mr. Sarranti, y señalándole con la mano, dijo:

— Vedle aquí.

Mr. Sarranti y el maestro de escuela se levantaron al mismo tiempo y acercándose el uno al otro se abrazaron fraternalmente.

El general volvió á tomar la palabra.

— Os he dicho que venía de parte de nuestro amigo Salvador, y ved aquí una carta suya que confirma mi indicación; pero aún no os he manifestado quién soy yo: ¿no me reconocéis?

— No, caballero, respondió Justino.

— Miradme bien, ¿no recordáis haberme visto alguna vez?

Justino fijó su mirada en el general, pero en vano.

— Sin embargo de no conocerme, me habéis visto, repitió el general, y en una noche, por cierto bien memorable para los dos, porque vos volvíais á encontrar vuestra

prometida, y yo, sin saberlo, abrazaba por la primera vez á mi...

Justino le interrumpió:

— ¡ Sé quién sois! exclamó de repente. Os he visto la noche de mi partida en el parque del castillo de Viry; vos sois el que nos librásteis con Salvador; os recordaba, sin embargo, como si nunca nos hubiéramos separado; vos sois el general Le Bastard de Premont.

Y levantándose precipitadamente, fué á caer, por decirlo así, en los brazos del general, que le abrazó estrechamente, murmurando con emoción:

— ¡ Justino! ¡ amigo mío! ¡ mi querido amigo!... mi...

Se detuvo, tenía deseos de exclamar: ¡ hijo mío!

Justino, sin comprender la causa, se sintió sobrecogido por una emoción indefinible.

Miró al general, y tenía los ojos llenos de lágrimas.

— Amigo mío, continuó, ¿ Salvador no os ha hablado nunca del padre de Mina?

— No, respondió el joven mirando al general con admiración.

— ¿ Pero al menos os habrá dicho que su padre vivía?

— Me ha dado esperanzas: ¿ le conocéis vos, general?

— Sí, dijo sumamente bajo el general, ¿ y qué habéis pensado de un padre que abandona así á su hija?

— He creído que debía ser desgraciado, respondió simplemente el joven.

— ¡ Sí! ¡ muy desgraciado! dijo Mr. Sarranti moviendo lentamente la cabeza.

— ¿ Así, vos no le habréis acusado?

— Jamás ha habido hombre más digno de indulgencia replicó tristemente Mr. Sarranti.

El maestro de escuela le miró, lo mismo que lo halla

hecho al general. Un instinto secreto le decía que alguno de estos hombres era el padre de Mina; ¿ pero cuál de los dos? Sus ojos pasaban de uno á otro como queriendo buscar en la fisonomía las indicaciones que le hacía su corazón.

— El padre de Mina ha llegado, y de un momento á otro vendrá á pedirnos su hija.

El joven se estremeció. Las últimas palabras le parecían amenazadoras.

El general comprendió el temblor de Justino, y adivinó su secreto terror, el que lejos de calmar, aumentó al decirle con una voz que procuró hacer sumamente tranquila:

— Cuando el padre de Mina va á pedirnos su hija, vos se la devolveréis, ¿ pura!... ¿ sin pesares!... ¿ sin remordimientos!... ¿ no es verdad?

— ¡ Sin remordimientos! si, juró solemnemente el joven... ¿ sin pesares! no, no, añadió con una voz conmovida.

— ¿ La amáis mucho?... preguntó el general.

— ¡ Profundamente! respondió Justino.

— ¿ Como á una hermana? interrumpió el padre de Mina.

— ¡ Más que á una hermana! respondió el maestro de escuela.

— ¿ Como amante?... ¿ y aseguráis que el padre de Mina no tiene que sonrojarse de esta inclinación?

— ¡ Yo lo juro! respondió el joven levantando las manos y los ojos al cielo.

— En otros términos, continuó el general: ¿ Mina será digna del esposo que su padre la destina?

Justino tembló de pies á cabeza y no contestó.

Mr. Sarranti miró al general con un aire suplicante. Esta mirada significaba: la prueba es demasiado fuerte, es hacer sufrir demasiado al pobre muchacho.

Entre una sentencia de vida ó muerte, hay una serie de emociones indefinibles; todo lo que existe en nosotros se sobrexcita, el alma y el cuerpo reciben al mismo tiempo la sacudida y son perturbados en su armonía.

Esto era lo que Justino experimentaba después de haber oído las palabras: *¡ el esposo que su padre la destina !*

En un momento, toda su vida desde la tarde en que encontró á la pobre niña dormida sobre la miés, hasta aquel mismo instante en que después de haber llegado alegre, dichoso y conversando amorosamente por medio de miradas con ella, habían venido á anunciarle que dos viajeros, llegados de París, solicitaban hablarle de parte de Salvador; toda su vida pasó como un relámpago ante sus ojos, grano á grano, hoja por hoja, gota á gota, minuto por minuto: volvió á gozar de todos los placeres, respiró todos los perfumes, escuchó todas las canciones, y después de la encantada floresta de la esperanza, cayó de repente y sin transición en el sombrío precipicio de la duda.

Levantó la cabeza pálido, los labios temblorosos y miró á los dos viajeros con un aire en que se pintaba un terror supremo.

El general se sintió también conmovido por el dolor que experimentaba el joven; sin embargo, aun le pareció necesaria la última prueba y continuó á pesar de las mudas indicaciones de Mr. Sarranti.

— Vos habéis tratado á la señorita Mina como á vuestra propia hermana. Su padre os da gracias por mi conducto y os bendice como á su propio hijo; pero suponed, sin embargo, que por reveses de fortuna, por lazos solemnes respectó de una familia haya prometido bajo juramento la mano de su hija, ¿cuál sería vuestra conducta en semejantes circunstancias? decidme, ¿cómo contestaríais al pa-

dre de Mina si os dirigiera semejante indicación valiéndose de mí? ¿qué haríais?

— General, respondió el joven, desde la muerte de mi padre estoy acostumbrado á sufrir, y continuaría sufriendo.

— ¿Y no os sublevaríais contra la crueldad de este padre?

— General, contestó noblemente Justino, sobre los amantes están los padres, como sobre los padres está Dios. Yo diría á Mina: Dios os había confiado á mis cuidados en la ausencia de vuestro padre; ha vuelto, y debéis acompañarle otra vez.

— ¡Hijo mio! ¡hijo mio! exclamó el general, no pudiendo contener sus lágrimas, al mismo tiempo que se levantaba y tendía los brazos hacia el joven.

Justino dió un grito penetrante y cayó en los brazos del general pronunciando... padre... padre mio. Después, separándose del general, corrió precipitadamente hacia la puerta de entrada gritando con todas sus fuerzas:

— ¡Mina! ¡Mina!

Pero el general, tan veloz como él, le detuvo en el momento en que cogía el tirador de la puerta y le puso la mano en la boca.

— Silencio, le dijo, ¿no tenéis miedo de la emoción que puede causarla esta noticia?

— La felicidad nunca perjudica, dijo Justino cuya cara rebosaba de alegría; ¡vedme!

— Vos, vos sois un hombre, amigo mio, dijo el general; pero mi hija es una niña, porque es casi una niña todavía, ¿es muy linda?

— ¡Como una virgen!

— ¡Ah!... exclamó el general: ¿es eso cierto?... llamadla.

— Si, voy á buscarla, contestó el maestro de escuela,

porque me acusaría á mi mismo de haber retrasado un solo momento más su felicidad.

— Si, id á buscarla... continuó el general con una voz que la emoción hacía temblar, pero prometedme no decirlo quién soy; quiero decirselo yo mismo, cuando vea que está preparada: cuando lo juzgue conveniente. ¿ No es mejor adoptar este partido? interrogó dirigiendo su mirada al joven y á Mr. Sarranti.

— Como gustéis, contestaron ambos.

— Partid, pues.

— Justino salió y un instante después introdujo á Mina en el comedor.

— Amiga mía, la dijo, te presento á dos amigos, que lo serán también tuyos dentro de poco tiempo.

Mina saludó graciosamente á los dos recién llegados.

El general, al ver entrar á aquella arrebatadora criatura que era su hija, sintió agitarse tan violentamente su corazón, que creyó desvanecerse apoyándose en un aparador; miró atentamente á la niña con los ojos humedecidos por la felicidad.

— Estos dos amigos, continuó Justino, te traen una grata noticia, una noticia que no podías esperar; la mejor noticia que se te puede traer.

— ¡ Van á hablarme de mi padre! exclamó la joven.

El general sintió correr dos lágrimas por sus mejillas.

— Si, amiga mía, respondió Justino, te traen noticias de tu padre.

— ¿ Habéis conocido á mi padre? preguntó la joven mirando á ambos como para no perder ni una sílaba de su respuesta.

Los dos amigos, sin hablar, porque se hallaban dema-

siado conmovidos para responder, hicieron un signo afirmativo con la cabeza.

Esta respuesta muda, cuya causa no podía comprender, produjo en el corazón de Mina una penosa emoción; así con una voz llena de tristeza preguntó:

— Mi padre vive aún, ¿ no es verdad?

Los dos amigos hicieron otra señal con la cabeza igual á la anterior.

— Entonces hablarme pronto de él, se apresuró á decir Mina, ¿ dónde está? ¿ Me ama?

El general pasó la mano por su frente, y ofreciendo una silla á la joven se sentó delante de ella cogiéndola sus manos.

— Vuestro padre vive y os ama, señorita, y yo os lo hubiera dicho la noche que huísteis del parque de Viry si os hubiera conocido entonces.

— Reconozco vuestra voz, dijo Mina temblando. Vos sois quien abrazándome en el momento en que iba á escalar el muro me dijisteis con los ojos llenos de lágrimas: « ¡ Sed dichosa, niña!; un padre que no ha visto á su hija desde hace quince años es quien os bendice!... Adiós. » Vuestros votos se han cumplido, añadió mirando de repente á los dos amigos y á Justino; soy dichosa, muy dichosa, porque ya no me falta nada á mi felicidad, ¡ puesto que vos me habláis de mi padre! ¿ Dónde está?

— Muy cerca de vos, respondió el general por cuyo rostro empezaban á correr gruesas gotas de sudor.

— ¿ Y por qué no está aquí?

El general no respondió. Mr. Sarranti intervino en la conversación.

— Procura evitar, dijo, la emoción que una presencia tan repentina, tan inesperada, podría causaros, señorita.

Cosa extraña, en vez de mirar á Mr. Sarranti, que la dirigía estas palabras, la joven no miraba más que al general que nada decía, pero que sin embargo revelaba en su fisonomía las más violentas emociones.

— ¿Acaso creéis, dijo, que la felicidad de ver á mi padre pudiese causarme un dolor semejante al de no verle?

— ¡Hija mía! ¡hija mía! ¡mi querida hija! exclamó el general, que no pudo contener por más tiempo el grito de su corazón.

— ¡Padre mío! contestó Mina arrojándose en sus brazos. Y el general, cogiéndola por el cuerpo, la abrazaba estrechamente cubriéndola de besos y de lágrimas.

En este momento, Justino hizo seña con la mano á Mr. Sarranti para que se aproximase; éste llegó sobre las puntas de los pies, para no turbar con ruido alguno la armonía de esta tierna escena.

Justino abrió silenciosamente la puerta del comedor, y haciendo seña á Mr. Sarranti para que le siguiera, dejaron al padre y á la hija saborear libremente su doble felicidad.

El general contó á Mina, como después de haber perdido á su madre, al venir al mundo, se había visto obligado á confiarla á un extranjero para seguir la suerte ó más bien la desgracia del emperador en Rusia. Contó sus batallas, sus duelos, sus conspiraciones, sus esperanzas y su desesperación desde el nacimiento de Mina. Su relato era una magnífica epopeya que llenó los ojos de la joven de lágrimas de amor, de ternura y de admiración.

En cuanto á ella, su narración fué un dulce idilio, y desenvolvió ante su padre toda su vida pasada, como hubiera podido desplegar una servilleta. Su historia tenía toda la serenidad de un hermoso cielo, toda la transparencia de un lago, y toda la virginidad de una rosa blanca.

La directora del colegio, á quien fué presentado Mr. Sarranti por Justino, quiso que se dejase al padre y á la hija hasta que se concluyera el día. La noche les sorprendió en medio de tan halagüeñas expansiones, y fué preciso, para verse, encender luces.

Al escuchar la campanilla, Mad. Slyper, Justino y Mr. Sarranti, precedidos de un criado, entraron en el comedor.

— ¡Mi padre! exclamó alegremente la joven designando al general y presentándole á la directora del colegio.

El general se adelantó, y después de haber besado la mano respetuosamente á Mad. Slyper, dió las más expresivas gracias á aquella señora por los buenos cuidados que había prestado á su hija.

— Además, señora, dijo, permitidme me tome la libertad de preguntaros cuál es el camino más corto para Francia.

— ¿Qué? preguntaron al mismo tiempo Mina, Justino y Mad. Slyper, admirados de esta repentina separación; ¿partiréis tan pronto?

— ¿Yo? no; respondió el general, pasaré algún tiempo con vosotros; pero este amigo, que no me ha dejado nunca, añadió volviéndose hacia Mr. Sarranti y tendiéndole la mano, y que ha querido acompañarme hasta que he encontrado á mi hija, va á volver á París para buscar á un hijo, que un exceso de amor filial le ha conducido á una prisión.

Las cejas de Mr. Sarranti se fruncieron con más energía que tristeza. Las nubes que indican las grandes tempestades no se hallan más hinchadas de amenazas que la fisonomía de Mr. Sarranti.

Los que estaban presentes se inclinaron con respeto ante este grande y silencio infortunado.

Al día siguiente partió para Francia, dejando á su amigo muy dichoso, al lado de su hija y de su prometido.

Los días que pasaron reunidos en Amsterdam el general, Mina y Justino, fueron sumamente dichosos, y después de tantos reveses y de tantos años de miseria saborearon la felicidad con la misma satisfacción que experimenta el viajero cuando después de haber subido al sol y con trabajo durante un día la prolongada pendiente de una elevada montaña, respira cuando llega á la cima el aire puro y los perfumes que se desprenden del extenso valle.

Por desgracia, como está escrito que la felicidad de uno suele convertirse en desgracia de otros, la alegría de este feliz terbero fué causa del disgusto de la directora del colegio.

Veía con terror el momento en que Mina y Justino, decir, una profesora y un profesor, tenían que abandonar para seguir al general á París.

El general comprendió la causa de su tristeza, y la prometió que á su llegada á Francia la mandaría, previo consentimiento de Justino, las dos mejores profesoras parisienses.

Una mañana, habiendo recibido el general después del desayuno una carta de Salvador, frunció tristemente el ceño.

— ¿Qué tenéis, padre mío? exclamaron sobrecogidos los dos jóvenes á la vez.

— Leed, dijo el general presentándole la carta de Salvador.

Y juntos leyeron estos escasos renglones:

« General, para que nada turbe la felicidad de que en vuestra presencia de vuestra hija debe colmaros, me apresuro á poner en vuestro conocimiento que Mr. Loredán de

geneuse, su raptor, ha sido muerto ayer en un duelo en mi presencia, por Mr. de Marande.

» Os felicito, con este motivo, de no haber tenido que exponer vuestra necesaria vida con un miserable de semejante especie.

» Mis afectuosos recuerdos á los prometidos, y á vos, general, la seguridad de mi respetuosa amistad.

» CONRADO DE VALGENEUSE. »

— ¿Y qué, padre mío? preguntó Mina.

— ¿En qué puede entristeceros esta carta? añadió Justino.

— Porque era á mi á quien correspondía castigar á ese miserable, y siento que otro se haya tomado este cuidado.

— Padre mío, dijo tristemente Mina, sentís sin duda el haberme vuelto á encontrar, puesto que deploráis el no correr el riesgo de perderme.

— ¡Niña querida! exclamó el general abrazando á su hija, cuya fisonomía había recobrado nuevamente su acostumbrada serenidad.

Desde entonces no hubo otra ocupación que la de elegir el día de la partida, la que se fijó para el sábado siguiente, en el cual, después de haber abrazado tiernamente á la directora y á todas las pensionistas á un mismo tiempo, discípulas y compañeras, Mina, apoyada en su padre, y seguida de Justino, se dirigió hacia la puerta, no sin haberse vuelto cien veces en el tránsito para mirar con lágrimas de reconocimiento aquella población hospitalaria que consideraba como su patria, puesto que en ella había conocido á su padre.

El mismo día de la partida del general se entregó á Mad. Slyper un billete que contenía una letra de tres mil francos pagadera á la vista contra uno de los banqueros de Amsterdam. Esta letra estaba librada bajo el pretexto de fundación de dote para seis jóvenes de las más virtuosas, de las cuales tres serían designadas por Mad. Slyper, y otras tres por el burgomaestre.

CAPÍTULO XX.

LO QUE TODOS HEMOS VISTO.

Volvamos á Mr. Loredán de Valgeneuse, á quien dejamos tendido y herido mortalmente sobre la hierba del bosque de Boulogne.

Sus dos padrinos recibieron el último suspiro después de la partida de Salvador, de Mr. de Marande y de los generales.

Es un suceso grave, es un momento solemne, cuando el amigo que habéis conducido, bromista, animado y con la sonrisa en los labios, muere entre vuestros brazos con la boca entreabierta, con los miembros crispados y con los ojos fuera de sus órbitas y trastornados.

Las emociones en tales casos, son más ó menos violentas, según es el hombre que muere, y según son también los que le ven morir.

La Providencia ha querido que la amistad, ese diamante puro y sin mancilla, sea, si no el patrimonio de los corazones puros, porque nadie puede vanagloriarse de la pureza de su corazón, al menos de los corazones buenos.

Los frívolos y viciados, solamente conocen por el nombre á esta sagrada diosa, y la ridiculizan del mismo modo que las mujeres prostituidas se burlan de las que son honradas, porque se ven imposibilitadas de envilecerlas.

No es por lo tanto necesario hacer ponderaciones acerca del dolor que experimentarían, no los dos amigos, sino los dos compañeros de Mr. de Valgeneuse, recordando que Salvador no se había engañado en su predicción, y que Loredán acababa de exhalar el último suspiro.

Ambos se vieron molestados por aquella muerte, sin que pueda aplicarse otro calificativo á su situación; sintiendo más que la muerte del amigo, el embarazo que les ocasionaba el cadáver. Penetrar en París con él, era aventurado. Las leyes sobre el duelo, bastante severas en esta época, trataban á los testigos con más severidad que al adversario que sobrevivía, el cual siempre tenía en su favor el tratar de defender su vida. Por otra parte, se veían amenazados de tener que cumplir á la entrada toda clase de formalidades demasiado pesadas; ¿y para qué ocultar su verdadera expresión? el duelo iba á ser por sus consecuencias demasiado largo, y los dos amigos tenían hambre.

Esta verídica confesión que nos vemos obligados á hacer da una idea exacta de su dolor.

Los tres habían ido al sitio en el carruaje de Loredán, y se decidió que el carruaje y los dos criados volvieran á conducir el cadáver á París y ellos irían á su lado.

Se hizo adelantar el carruaje; los dos criados tan tranquilos como si se tratara de un simple paseo de mañana, estaban colocados en sus respectivos asientos.

Es cierto que habían oído los dos pistoletazos, que habían visto después alejarse á Salvador, Mr. de Marande y